

LA ORIGINALIDAD DE LA MÍSTICA ESPAÑOLA. EL REALISMO ESPIRITUAL

Acabo de terminar un largo y detenido estudio sobre la mística española de los siglos XVI y XVII, sus diversos derroteros, altas cimas, valles abismales, desviaciones, lenguaje, disputas, autores. Ocasión propicia para preguntar por lo que, a mi parecer, constituye el exponente más claro de su originalidad. Lo designaría con dos palabras: realismo espiritual, o integración de cuerpo y alma en las tareas del espíritu.

1. La mística española, siguiendo al Evangelio, señala al cristiano una meta inalcanzable: *sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto*. El hombre es ser en camino, puede pecar y peca. No es impecable, como dicen los alumbrados, ni tampoco está esencialmente corrompido y todo en él deviene pecado, según parecer de los luteranos. Dios perdona, el hombre pide perdón, y el Evangelio trae la alegre nueva del perdón de los pecados, del padre que sale a abrazar al hijo pródigo.

El Sacramento de la penitencia, después del bautismo, nos convierte en hombres nuevos. El cristiano es capaz de mejorar, de transformarse en Dios, de conquistar paso a paso el idea de la perfección. Nuestros místicos, desde Osuna, Palma y Laredo, siguiendo por San Juan de la Cruz y sus discípulos, hasta Molinos, escriben para aquellos que «ya están bien desnudos de las cosas temporales de este siglo»¹, «que están ya aprovechados y encaminados en la oración»² y buscan la unión con Dios.

2. Ellos aceptan en totalidad la buena nueva. El Evangelio es el mensaje más realista, y por lo mismo más humano y humanista. Describe lo que puede el hombre de fe, no sólo con sus fuerzas naturales sino con la ayuda permanente del espíritu, que vivifica su interior, desde el punto de partida, que es el pecado, hasta el de llegada a la visión intuitiva, pasando por todas las alternativas y recomienzos que exige la confrontación permanente entre nuestra carne y nuestro espíritu. Aquí entronca la capacidad creadora y eficaz del hombre, cantada con la humildad que comporta nuestra debilidad y contingencia, y siempre respaldada por el que prometió estar con nosotros hasta el fin de los tiempos.

3. El Evangelio distingue con claridad lo que puede el hombre por sí mismo, ayudado por Dios, y lo que puede en virtud de la acción espe-

1 San Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo*, Prólogo, 9.

2 M. Molinos, *Guía Espiritual*, p. 105.

cial de Dios. A lo primero llamamos, con frecuencia, ascética; a lo segundo, mística. Es un modo de entendernos. En ambos casos actúa Dios y el hombre, si bien de diversa manera. Nuestros autores no se cansan de proclamar la necesidad de la respuesta del hombre en cuanto cuerpo y alma unidos y de las obras interiores y exteriores. La vida de oración, la contemplación, incluso en el matrimonio espiritual, debe llevar a la ética, a la acción, a imitar a Cristo, a la vida cristiana, a la práctica de las virtudes. Recordemos la gráfica frase teresiana en lo más alto de la Séptima Morada: «Para esto es la oración..., de esto sirve este matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras, obras».

La necesidad de servir a Dios en justicia, santidad, humildad, en obras se convierte en estribillo incansable en Osuna, Laredo, Palma, P. Avila, San Ignacio, Pedro de Alcántara, Francisco de Borja, Juan de los Angeles... Sólo existe una excepción: los alumbrados. La armonización, entre acción y contemplación, constituye peculiar problema en la Compañía de Jesús en España y en el Carmelo descalzo. Todos insisten en la necesidad del propio conocimiento radical como medio para la humanidad y el encuentro con Dios. Todos aceptan la necesidad del camino de la ascesis y de la purificación, salvo los alumbrados.

Al reconocer la limitación humana, evitan el peligro de falsos idealismos, utopías y paraísos perdidos e imposibles. El hombre no es impecable, no somos Dios, el amor de Dios no es Dios en nosotros; para llegar a la cima hay que subir a ella; la ley de amor no se queda en puro afecto, sino realizada en todo la voluntad del Amado; la oración de quietud no es ociosidad; la interior contemplación no niega los reflejos en nuestros sentidos y cuerpo; la muerte mística es muerte al pecado y a los gustos de los sentidos y potencias que nos alejan de Dios; la paz interior exige lucha y victoria contra las pasiones; la verdadera contemplación que pasa de ser activa, o adquirida, a pasiva, o infusa, no abandona la meditación discursiva, ni la de la Pasión de Cristo, ni la oración de petición, ni las penitencias...

Cuando se analizan las desviaciones de los alumbrados y las fórmulas menos convenientes o poco perfiladas de algunos autores, entonces admiramos la maravilla del realismo de nuestros místicos, frente a la deificación ilusa de los dejados con sus idealismos de paraíso recuperado, de atajo fácil, rápido y seguro de unirse a Dios. Estoy convencido que los utópicos sistemas sociales de hoy tienen mucho que aprender del realismo de nuestros místicos, que parten del yo real, completo, cuerpo y alma unidos en una capacidad de acción integrada.

4. La verdadera y auténtica mística es el punto de retorno de los sistemas exagerados, falsificadores de la acción de Dios y del hombre. ¡Qué título más digno de reflexión esgrime F. de Osuna frente a los alumbrados, cuando los considera falsificadores del amor! Amar, dice, es obrar con amor; cuando el amor es falso, queda falsificado todo el hombre³. Quien falsifica el amor, falsifica al hombre y a Dios. Una de las tentaciones permanentes del hombre (caso hoy más recia que en otros tiempos, como experimentamos dolorosamente en tantos y tan hon-

3 F. de Osuna, *Ley y amor*, pp. 622, 658.

dos movimientos anarquistas), es querer realizar el paraíso en la tierra con hombres limitados y defectuosos. Era el ideal alumbrado: basta la ley de amor, las demás sobran. Frente a ellos nuestros místicos, que a la vez son reformadores y fundadores, aceptan la limitación humana y la necesidad de obras, de autoridad y de leyes. Es casi antológica la introducción a las *Constituciones* de la Compañía de Jesús: «Aunque la suma sapiencia y bondad de Dios... es la que ha de conservar, y regir, y llevar adelante en su santo servicio esta mínima Compañía de Jesús...; y de nuestra parte, más que ninguna exterior constitución, la interior ley de la caridad y amor... ha de ayudar para ello; todavía, porque la suave disposición de la Divina Providencia pide cooperación de sus criaturas... y la razón así nos lo enseña..., tenemos por necesario se escriban *Constituciones* que ayuden para mejor proceder...»⁴.

5. La obsesión más aguda de los alumbrados era situarse en la cima de la perfección sin el trabajo de ascender por las laderas; ser divinos, angélicos por pura acción de Dios y sin trabajo propio; no aceptarse cuerpo y alma, sino sólo espíritu. Por eso desvalorizan todo lo corporal y sensible, lo cual no sólo no tiene valor, sino que resulta estorbo y atadura, lo mismo si es bueno (oración vocal, culto externo, purificación de los sentidos, penitencias corporales...), que si es malo (abusos en la comida, bebida, sexo). Por eso San Ignacio de Loyola da reglas para ordenarse en el comer, mientras los alumbrados no realizan a dos hacer obras de caridad con el cuerpo y el alma, y comen a dos carrillos, porque «la oración y el amor de Dios gasta mucho, y así es menester comer bien y buenas comidas, y que se hallan más dispuestos para la oración cuando están más satisfechos de comida»⁵.

Aquí radica la insistencia de todos nuestros místicos en que no somos ángeles. No se cansan de aclarar en qué consiste ser espirituales de veras, la aniquilación auténtica, el amor puro y la contemplación y quietud verdaderas; la coexistencia dentro del hombre de lo puro corpóreo, corpóreo-espiritual, puro espiritual y sobrenatural (Palma y Juan de los Angeles); y que esto se concibe como un todo permanente, no como una escalera que se quita o como una medicina que se abandona, una vez alcanzada la salud. Cuerpo y alma, sentidos y potencias forman el todo que llamamos hombre, que es como nonada delante de la realidad de Dios. Por eso para ir al Todo tenemos que valorar en nada lo que es sombra del Todo. Aquí se encuadra el punto de partida de San Juan de la Cruz.

De aquí también la insistencia de los místicos en la libertad. El acto humano lleva consigo una determinada determinación de realizarlo, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabaje, murmure quien murmure⁶. Es un estribillo del todo diverso del que canta Neruda, como expresión dolorida y caracterizante de los miembros de nuestra sociedad: *Es que me canso de ser hombre*. Los místicos bajaban de los sentidos

⁴ *Thesaurus Spiritualis Societatis Jesu* (Santander 1935) p. 209.

⁵ *Proposiciones de los alumbrados de 1623*, condenadas el 9 de mayo de 1623 por el Cardenal Andrés Pacheco, Arzobispo de Sevilla e Inquisidor General, De Guibert, *Documenta Ecclesiastica Christianae perfectionis* (Roma 1931) pp. 231-32, prop. 16.

⁶ Santa Teresa, *Camino de Perfección*, cap. 21.

a las potencias y al alma como raíz de todo el ser humano. El hombre de hoy abandona las potencias superiores, se cansa de ser racional y libre, de ser hombre. Nuestros místicos buscan la personalización, la esencialidad propia, superando estadios más externos y accidentales.

6. Esta originalidad de nuestra mística procede de la de nuestra teología del siglo XVI como conjunto doctrinal en sus diversas manifestaciones, especialmente de su docencia según el método de las tres vías, es decir, del tomismo, escotismo y nominalismo. En este cuadro pedagógico se formó, a lo que yo pienso, Francisco de Osuna, nuestro primer místico en el orden sistemático. Los tres sistemas coinciden en la consideración constitutiva del hombre, al cual llegan desde el esencialismo tomista, o desde la consideración nominalista y suareciana de lo singular concreto. Por ahí anda la escuela franciscana tardía. Ahí fundamenta su metafísica el Doctor Eximio. Cuando la crítica barroca analiza despiadadamente las intuiciones puras de la corriente platónico-agustiniana, Suárez y los autores de místicas sistemáticas reducirán la mística a una parte de la teología moral. De ese modo salvan la credibilidad científica de la mística, pero la racionalizan en exceso. En este aspecto la reacción antiquietista fue negativa para la mística, por la desconfianza que demostró hacia la contemplación, y por el esfuerzo de racionalización y desmitificación de las fórmulas aparentemente quietistas, para desvestirlas de todo riesgo, de toda ilusión constructiva humana. Más que libros místicos son obras de contraposición doctrinal y práctica. Todas las expresiones difíciles de nuestros místicos, ya homologadas por Vallgornera, O.P., y los codificadores y sistematizadores de la nueva asignatura, —llamada mística y llegada a mayor edad con el barroco— quedan reducidas a desviación o a postura recta en Barambio, Pbro., Posadas, O.P., Arbiol, O.F.M., Pedro Sánchez, O.P., Pedro Antonio Calatayud, S.J., Vicente Calatayud, oratoriano y otros autores del siglo XVIII.

7. Un paso último encuadraría la mística española ante el espiritualismo exagerado y el neo-platonismo y como superación del Pseudo-Dionisio: la relación entre aniquilación, muerte y sepultura mística —de las que tanto hablan los autores del siglo XVII—, y propio conocimiento.

Los espiritualismos exagerados, como alumbrados y quietistas, tratan de disminuir o hacer desaparecer el protagonismo del cuerpo y de los sentidos. Al cuerpo hay que destruirlo y abandonarlo, porque en el fondo no le encuentran salvación ni persistencia.

Nuestros místicos caminan por otras veredas: no lo destruyen sino lo potencian. Purificación activa e incluso pasiva de los sentidos no es destruirlos, sino limpiarlos de estorbos, darles toda la posibilidad de realización que existe en ellos. Y la tienen muy grande en sí y en su raíz última, que es el centro del alma. La reflexión de sentidos y potencias a su esencia y centro, de donde sacan su potencialidad, no es aniquilación sino potenciación. Por eso no temen hablar de unión frutiva inicial ya en esta vida, de ver a Dios cara a cara, ojo a ojo. Para probar el neoplatonismo de nuestros autores muchos recogen frases llamativas de menor aprecio al cuerpo hazón, de sobreestima de las penitencias exteriores. Ciertamente existen frases exageradas. Pero es claro su afecto

por el cuerpo, la valoración esencial del mismo, el aprecio por las consolaciones sensibles que Dios otorga, por sus dulzuras, por Cristo panal, por los sentidos externos e internos y por los sentidos espirituales. Los recogidos son maestros en esto, pero sobre todo Santa Teresa de Jesús.

Para el neoplatónico el cuerpo es frontera, cerrazón. Para el cristiano es posibilidad de comunicación. Pero muchos cristianos participan de algún modo del neoplatonismo de Filón, y no llegan a liberarse del todo de ese concepto peyorativo y pesimista del hombre. Por ello proclaman con tanta insistencia la acción de Dios, y que en mística el hombre padece y Dios hace, con olvido exagerado o casi total del elemento sensible.

En la mística española primera: García Gómez, García Jiménez de Cisneros, Osuna, Alonso de Madrid, San Ignacio... se llega a una integración ejemplar entre cuerpo y alma⁷. Es un campo inexplorado, en el que son necesarios estudios dialógicos. Porque no es el mismo el lenguaje y conceptualización de Osuna que el de Miguel de Molinos. Existe un cambio progresivo de contenido en los términos aniquilación, purificación, muerte del alma... y un alejamiento de las bases seguras y decididas de partida. Ese cambio potencia una cierta desintegración verbal, que constituye un serio problema en la evolución de nuestra mística, especialmente durante el siglo XVII, desde 1625 o 1630. La mística española no es ajena a los contrastes extremosos del carácter español.

MELQUIADES ANDRES

⁷ Sobre la mística española desde 1470 a 1570, véase Melquiades Andrés, *La teología española del siglo XVI*, II, pp. 107-295 y 507-610.